

Presentación

Mario Di Giacomo Z.

Editor

En 28 de noviembre de 2024, en el auditorio de la Universidad Monteávila de Caracas, tuvo lugar el foro «*Yo creo que la verdad no es una palabra vana*». *Una reflexión sobre la vida intelectual católica en Venezuela en el centenario de René Girard*. Fue organizado por la citada Universidad y el Centro de Investigaciones Teológicas del Instituto de Teología para Religiosos (ITER). Si bien el acto estuvo motivado por el centenario del nacimiento de René Girard (25 de diciembre de 1923), filósofo, antropólogo e historiador nacido en Aviñón, la reflexión también incorpora a otros intelectuales católicos con incidencia en la esfera pública nacional e internacional. El epítome girardiano que preside el evento es sugerente, en especial, en el contexto contemporáneo, donde lo sólido se ha desvanecido en el aire, donde Absoluto, Fundamento, Ultimidad y Dios han sido inexplicablemente desprestigiados: *Yo creo que la verdad no es una palabra vana*. Desde el punto de vista del filósofo francés, el *crisocentrismo*, recordando a San Buenaventura, consiste en una constante condena de la violencia, pues el Dios cristiano es Dios de vida y de amor, alejado de la afirmación nihilista de la vida, aunque Nietzsche califique al cristianismo como una religión de perdedores, de una moral de esclavos o de platonismo para la plebe. Cristo es la encarnación de la palabra de Dios, palabra libre de cualquier revancha, palabra que desarma la estructura de la violencia. No hay reciprocidad negativa en la renuncia a las represalias, pues en ella se acaba con el retorno de la ofensa sufrida. El cristianismo es, pues, según Girard, *une éthique de la non-violence*. Resultado de ese evento son los cuatro primeros artículos de este número, a partir de los cuales el lector podrá ir construyendo sus propias conclusiones acerca de lo que significa ser un intelectual católico que busca la verdad sin medias tintas en medio

de atracciones sofisticadas de todo tipo, las últimas de ellas, las digitales y posthumanas, que prometen sin rodeos la vida eterna en este mundo, una vida a-mortal, según el buenismo de sus profetas.

El primer trabajo, del profesor Rafael Tomás Caldera, *Sobre el intelectual en la vida de la sociedad*, habla desde la gravedad de la hora presente, signada por la dictadura del relativismo. Justamente, en este marasmo de entusiasmos mercantiles desprovistos de finalidad, aparece la voz del intelectual católico y su disposición de decir la verdad sinceramente, pese a las adversidades del momento. Su condición parresiástica, la franqueza en el momento de la locución, puede suponerle la expulsión de lugares acreditados, de culto religioso o de la esfera público-política, pero eso no aminora su convicción como hombre de fe, abierto a los bienes y, desde ellos, al Sumo Bien. Más allá de la política entendida como la (ilusoria) construcción del Reino en este mundo, Rafael Tomás Caldera llama la atención en cuanto a la propia condición humana, permanentemente necesitada de ayuda y de redención. El Reino es de este mundo, y, al mismo tiempo, no lo es. Podemos hacer algo de él, únicamente algo, la vía hacia esa Plenitud; algo, ya que jamás seremos los constructores del momento Definitivo de nuestras vidas. Citamos sus palabras: “Un hombre de fe sabe, por tanto, que no hay paraíso en la tierra, que la política no es un saber de salvación ni una acción redentora. Con la ayuda de Dios, esa gracia que sana y eleva los corazones, sabe, sin embargo, que podemos mejorar las condiciones de vida y preservar la dignidad de cada persona”.

El segundo, del profesor Nelson Tepedino, titulado *René Girard y la vida intelectual católica*, muestra al pensador francés como un notable ejemplo de vida intelectual fundamentada en la fe católica. La *teoría mimética* de Girard y el mecanismo del *chivo expiatorio*, tomados ambos de la tradición bíblica, ofrecen algunas claves para entender la vida intelectual católica como un elemento crítico de gran relevancia, no restringida al ámbito de la fe privada. Ella debe estar presente en la esfera pública, pero también en la dinámica académica y científica de la sociedad. Según Tepedino, la vida del intelectual católico es una *forma de vida*, una actitud de toda la persona desde la que se aborda

la existencia. En palabras de Zubiri, consiste no en poseer muchas verdades, sino en *estar poseído por la verdad*. La vida intelectual es asumir toda la existencia desde la pasión por la verdad. Es *vivir en la verdad*. Eso implica también *vivir sin la mentira*, sin la mentira practicada con uno mismo, sin la mentira como medio oportunista para pactar con otros discursos sociales, desprovistos de valores últimos, pero eficaces para obtener medios instrumentales, riqueza y lucro.

El penúltimo, del profesor Carlos Izzo, *El médico José Gregorio Hernández: intelectual y creyente moderno*, aborda las distintas facetas del médico de los pobres, nacido en Isnotú, estado Trujillo, Venezuela, destacando como un científico e intelectual que testimonia la vida cristiana. Médico que, después de ejercer inicialmente su profesión en su tierra natal, se formará en París y, luego, de vuelta en Venezuela, fundará las cátedras de Histología Normal y Patológica, Fisiología Experimental y Bacteriología en la Universidad Central de Venezuela. Publicó un interesante tratado de filosofía y se involucró en la polémica que entonces existía entre creacionismo y evolucionismo. Su saber no era aséptico, sino que lo aplicaba atendiendo y sirviendo al prójimo, abrevando de su fe cristiana. Laico comprometido con la sociedad venezolana de principios del siglo XX, educado bajo los seculares esquemas de una Modernidad en pleno desarrollo, José Gregorio Hernández, sin embargo, respondía a una interpelación que no podía dejar de atender, porque su vida se encontraba cristoformada, es decir, revestida de Jesucristo, transformada por completo en Él.

En el último, también vinculado al médico de los pobres, el padre Trigo, SJ, presenta el proceso de canonización de José Gregorio Hernández partiendo de la exégesis de una espiritualidad indudable, cuyo cristianismo hubo de expresarse como calidad humana, entregándose a los demás, de modo horizontal y gratuito, tomando en cuenta a los dejados de lado, a los pobres. El texto, titulado *Nota sobre la canonización de José Gregorio Hernández*, explica que, de manera semejante a Jesús, el futuro santo venezolano se realizó como ser humano y consumó su condición de Hijo de Dios en *el mundo*, no en la soledad del claustro. La tramitación de su causa, explica Trigo, comenzó muy tarde, y se

estancó a causa de monseñor Navarro, quien, por su enemistad con el arzobispo de Caracas, envió una nota al Nuncio sobre la no pertinencia del proceso, algo que contradecía lo que él mismo había escrito cuando murió Hernández. El estancamiento duró de 1949 a 1957. En 1961 el tribunal diocesano consideró necesario desmentir del modo más concreto posible esas acusaciones y se reanudó el proceso. Duró hasta el 24 de febrero de 2025, cuando el papa Francisco firmó el decreto para su canonización: un laico, un profesional insertado en un clima positivista, pero de profunda espiritualidad, logra la santidad por su trabajo, su vocación y su humildad.

El lector también encontrará en la sección de **Teología**, del padre González Carrión, SDB, el artículo *Contextualización bíblico-teológica de algunas líneas de pensamiento de Simone Weil*. González, acuciosamente, expone el patrimonio literario de la autora francesa en un marco referencial bíblico-teológico, para así explicitar la intuición de fondo que subyace a sus planteamientos filosóficos. En tal sentido, el autor argumenta que Weil tuvo durante toda su vida un horizonte utópico en la mirada, cuyo secreto más profundo fue la meditación del misterio pascual de Cristo: el amor, donándose sin resistencia al que lo aniquila, gana para éste la posibilidad de redención a través del perdón y deja abierta la esperanza para este mundo. Amor y perdón restauran el tiempo, reinician una vida anquilosada en el rencor y la abren finalmente al porvenir.

Por último, en este mismo espacio, tenemos el artículo del padre Manuel Antonio Teixeira, SCJ, enmarcado en el ámbito de la Teología Pastoral, titulado *La fe en la ciudad*. En él, el autor se propone pensar desde este tipo de teología, en el sentido de acompañar a los creyentes mediante el discernimiento de lo que pide el Espíritu, de manera que puedan responder al querer del Padre al modo del Hijo. Este ejercicio pastoral ha estado en continua tensión con una imagen de la institución eclesial que tiene poder organizativo y administrativo, que puede colocar los procesos por encima de las personas concretas, de los rostros personalísimos que reflejan en sí el sufrimiento del Hijo. Una pastoral urbana debe ser vivida y padecida con aquellos que llevan

una vida sufrida, a veces en solemne silencio. La escucha, y en esto tiene un papel importante la reflexión sobre la sinodalidad, requiere madurez espiritual, capacidad intelectual y espacios de discernimiento con interlocutores que son parte de la estructura de la ciudad, pero que no necesariamente pertenecen al círculo habitual de personas. La sinodalidad exige una capacidad de escucha que va más allá del mero oír. No todos los oficiantes estarán a la altura de lo que se exige, pero podemos aprender a escuchar voces y silencios, en las voces los silencios, en los silencios las voces, discerniendo de este modo cómo habla el Espíritu.

En la sección **Filosofía y Humanidades** presentamos dos trabajos, uno de Filosofía Política, debido al padre Wilfredo González, SJ, titulado *La democracia como principio y el sujeto político popular en la filosofía de Enrique Dussel: una respuesta a la crisis democrática contemporánea*, y otro sobre la función religiosa del arte pictórico en Nueva España, cuyo autor es el profesor Fernando Rojas, titulado *Aproximación al arte pictórico del Virreinato de Nueva España: Historia, filosofía, estética y función religiosa*.

El primero consiste en una reflexión sobre el actual déficit democrático, latinoamericano y global, caracterizado por el aumento de la desigualdad, el debilitamiento de las instituciones y el auge de regímenes autoritarios. El término *democracia* se ha transformado en un significativo vacío o que, por otra parte, adquiere, como Proteo, cualquier forma que se desee, de acuerdo con los autoritarismos vigentes. Ante esto, la concepción democrática de Dussel es transformadora, indica el autor, basada en el *principio democrático* y la centralidad del sujeto político popular. El pensamiento de Dussel participa de la idea de que la democracia es todavía un proyecto emancipador, participativo y crítico, que trasciende las limitaciones de las democracias formales y las semánticas autoritarias. Por supuesto, no hay democracia sin sujeto, y el sujeto dusseliano prescribe un sujeto activo, opuesto a las estructuras opresivas, constituido desde abajo, desde las bases comunitarias.

El segundo es una reflexión histórica, filosófica, estética y religiosa acerca del período de la Contrarreforma. Una vez que se llevó a cabo el Concilio de Trento, indica el autor, la pintura barroca del Virreinato de Nueva España tuvo como finalidad educar a las personas en la fe católica, conmover su espíritu por medio del arte e influir sobre su pensamiento de acuerdo con los valores católicos romanos. Para este fin, el autor parte del examen de las obras de tres pintores novohispanos, Cristóbal de Villalpando, José de Ibarra y Miguel Cabrera. El resultado del análisis prescribe que la doctrina *tridentina* estuvo presente en el Virreinato de Nueva España no solamente en el siglo XVII, sino también en el XVIII, especialmente en los lienzos de José de Ibarra y Miguel Cabrera. Sin embargo, contra la mentalidad colonial, reproductora incluso hoy de lo que proviene allende los mares, los artistas novohispanos fueron capaces de elaborar obras que no son meras reproducciones de las del viejo continente.

En cuanto a la sección **Comunicaciones**, hemos publicado la carta del P. Néstor Briceño a sus parroquianos en Caracas, una disertación acerca de la *esperanza* en la Venezuela de los tiempos que corren. Ciertamente, el Reino de Dios no es de este mundo, no, al menos, en su plenitud, pero ello no obsta a que busquemos con nuestras humildes fuerzas humanas la construcción, aquí y ahora, de ese Reino. El trascendente Reino de Dios y su designio no implican una actitud resignada del cristiano con respecto a su hora terrestre, antes bien, significa una apuesta, la de hacer lo que esté en las propias manos con el propósito de que la Justicia y el Bien Común se hagan carne en nuestra cotidianidad herida. El P. Briceño señala lo significativo del jubileo para la situación histórica en la que estamos sumergidos, auspiciador de los buenos tiempos en éstos que no lo son tanto: la esperanza cristiana no espera pasivamente por un mundo mejor que *acontezca mágicamente*, sino que en el mejor sentido del *Κατ'ὄψ* se inserta en su propia realidad, cumpliendo con el mandato de actuar en ella, haciéndola fructificar (Cf. Gen 1,28-31) en un ámbito común que nos hermana a todos, cristianos y no cristianos, hombres y naturaleza.

En **Reseñas** el lector podrá apreciar la recensión de dos libros publicados por el ITER, el uno en 2024, el otro, en 2025. El primero lo debemos a fray Oswaldo Montilla Perdomo OP, *La Iglesia Parroquial de la Santa Cruz y Nuestra Señora de La Candelaria de Caracas*; el segundo, al Dr. Eduardo Morales Gil, *El Padre Madariaga en la Independencia de Venezuela y la Nueva Granada*. Ambas obras están relacionadas con la historia de la Iglesia Católica en Venezuela, constituyéndose, en consecuencia, en fuentes documentales relevantes para los estudios eclesiásticos en nuestro país.